



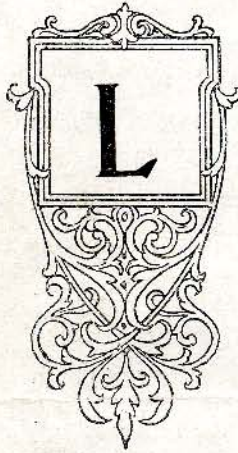
152/385

1.345

1915

(- HISTORIA ILUSTRADA DE LA GUERRA DE HANOTAUX)

PROLOGO DE LA EDICIÓN ESPAÑOLA



A actual guerra europea, aparte de las consecuencias inmediatas y mediatas que haya de tener en la vida económica, política y ética de los pueblos, ejerce ya una poderosa acción en el pensamiento de los hombres cultos, es decir, tiene un reflejo en lo más íntimo de la cultura. Una guerra así equivale a un nuevo sistema filosófico. Cabe decir que Napoleón influyó tanto como Kant en la marcha del pensamiento especulativo humano. De donde el interés grandísimo que adquiere su mejor conocimiento, su conocimiento más íntimo, o si se quiere científico: el de conocerla por sus causas y en ellas.

A dárnosla a conocer en sus causas, a guiarnos a la comprensión de su necesidad histórica, se endereza esta HISTORIA ILUSTRADA DE LA GUERRA, escrita por uno de los hombres que mejor pueden escribirla, por Hanotaux, que sobre ser un eminente historiador, educado en las más severas disciplinas históricas, ha podido, como ministro de Relaciones Exteriores que fué en Francia, conocer interioridades de su preparación y gestación. Pocos, si es que alguien, tan capacitados, pues, como Hanotaux para guiarnos a la comprensión de la necesidad histórica de esta guerra.

Digo necesidad histórica, porque hay en la guerra una necesidad—lo mismo da que se la llame

hado que providencia—que no es la necesidad ética, la del imperativo categórico, ni la mecánica, ni la matemática, ni la lógica o metafísica, pero que es necesidad, y sueñe lo que soñare el sentimentalismo pacifista, la guerra es necesaria con necesidad histórica. Sin ella no se hace la historia y sin historia no hay cultura, ni siquiera civilización posibles.

Ponernos a maldecir de ella por las víctimas y los daños materiales que ocasiona, es como ponernos a maldecir de los terremotos y las tempestades. Sin éstas no hay vida climatérica y geológica, y sin guerras no hay historia posible. Es decir, sin ellas no se fragua el alma de un pueblo, y el alma vale más que la vida.

No sin honda razón dijo Treitschke, el apóstol del imperialismo prusiano, que la guerra es la política por excelencia, y habló de su santidad y de que es ella una ordenación de Dios. «La justicia de la guerra reposa, sencillamente, sobre la conciencia de una necesidad moral» (*Die Gerechtigkeit des Krieges beruht einfach auf dem Bewusstsein einer sittlichen Notwendigkeit*), dice al final de su *Politik*, y el argumento de la necesidad—*die Notwendigkeit*—de esta guerra lo han estado invocando desde el principio de ella los abogados todos del Imperio germánico, empezando por su canceller, y si en vez de hablar de necesidad moral o ética hablasen de necesidad histórica, no les faltaría razón para ello.

Hay que saber ponerse en el punto de vista ger-



152/385



mánico para apreciar esta necesidad, aunque deseamos luego, en bien de la cultura humana—incluyendo en ella la germánica—la derrota del Imperio prusiano.

Lo primero que se hace preciso es desecharse la idea vulgar y grosera de que esta guerra, como todas las demás, no obedece sino a apetitos de origen material o económico, a concurrencia industrial y mercantil. La tan conocida doctrina llamada de la concepción materialista de la historia, la de Carlos Marx, un judío alemán, la que pone en el fondo de los hechos todos sociales, como su última base, el fenómeno económico, es una de las explicaciones más cómodas a la vez que más maliciosas de la historia, pero es más que superficial y falsa. El hombre es tanto o más un cerebro que un estómago, y es, sobre todo, una conciencia; y un pueblo, lo mismo que cada uno de los individuos que le componen, llega a dar su vida por su alma, es decir, por su personalidad. Prefiero seguir siendo yo, con mi carácter, con mis hábitos, con mi modo de ser, esto es: libre, a no vivir en la abundancia y seguridad materiales, bien mantenido, pero no siendo yo, siendo siervo de otro.

No, no pelean siempre los pueblos, y no pelean ahora, en esta guerra, los que en ella toman parte, por intereses materiales ni por ciegas pasiones salvajes, por antipatías nacionales. Tenía mucha razón el mismo Treitschke al afirmar que las guerras modernas no se siguen por saqueo de bienes materiales—*zur Ausplünderung von Hab und Gut*.

En esta guerra, cada pueblo, aunque persiga defender su posición material, su economía, defiende ante todo su personalidad que, en gran parte, se apoya en aquélla. Y hay pueblo que cree, acaso no tan equivocadamente como a primera vista suele suponerse, que su personalidad no se mantiene y conserva sino invadiendo y sojuzgando las de otros pueblos, que no se puede defender sino atacando. El toro conserva su tipo, su especificidad, pastando yerba; pero el tigre no puede mantener el suyo sino devorando terneros, o toros si puede.

Ha sido un alemán, Rolph, el que en sus *Bio-*

gischen Probleme ha sostenido que no es la lucha por la existencia, *the struggle for life*, del inglés Darwin, el motor de la evolución, sino la superfluidad, el exceso de vida, *der Ueberfluss*. Cada especie crece mientras el animal toma más alimento que el que necesita para conservarse y por ello evoluciona. Según Darwin, el aumento en crecimiento exige aumento de alimentación; según Rolph, sucede la inversa. Para Rolph, la lucha por la vida no es la lucha por lo necesario, sino por el aumento; no una lucha defensiva, sino ofensiva. Y esta doctrina halló su culminación poética en Nietzsche.

Sin duda hay un gran fondo de verdad en esto. Una personalidad no se desarrolla y así se conserva — pues en ella no expansionarse y ampliarse es recogerse y menguar — sino invadiendo a otras y a expensas de ellas. Ahora, cabe que las formas de invasión sean muy diversas.

Un pueblo puede pelear por su cultura, por defender su carácter, su lengua, sus hábitos, su ideal, su religión, su patria, su personalidad, en fin. Prefiere perecer, como pueblo, en una guerra a pasar a formar parte de otro, adoptando la cultura de este otro. Material o fisiológicamente no perecerá, es decir, cada una de sus familias seguirá viviendo y propagándose, y acaso en mejores condiciones materiales, pero como pueblo histórico, como alma colectiva, habrá perecido. Y he aquí dónde reside el heroísmo del pueblo belga, que no ha tolerado pacíficamente el que se quebrantara su neutralidad, tratándole como a un sirviente, como a un pueblo adjetivo, sin personalidad propia. Ha defendido su derecho, el sagrado de su hogar. Ningún hombre digno y libre permite que un vecino pase por su casa, sin su licencia, para ir a atacar a otro.

Los pueblos pelean por una cultura. Pocas cosas más profundas que aquella concepción poética de que la guerra que llena el alma de las leyendas de nuestra cultura, la guerra de Troya, se hizo por Helena, símbolo estético de la cultura helénica. Y bien decían los ancianos troyanos cuando, sentados en las murallas de su ciudad, vieron llegar a ellas a Helena que iba a presenciar el singular combate entre Paris, su raptor, y Menelao, su marido: «no hay que indignarse de que los troyanos y los bien





apolainados aqueos sufran penas tanto tiempo por semejante mujer; se parece terriblemente en su cara a las diosas inmortales» (*Iliada*, III, 156-158). Y esto, aunque el sofista Eurípides al aprovechar aquella otra leyenda de que la verdadera Helena, la mujer de carne y hueso de Menelao, no estuvo en Troya ni subió a las murallas a presenciar el duelo entre su raptor y su marido, sino que fué sólo un fantasma, un simulacro o espectro de ella que se quedó allí mientras la verdadera estaba en Egipto, haga que el viejo mensajero que estuvo en la guerra, al enterarse del fatídico escamoteo, exclame: «¿Qué dices? Entonces hemos pasado esos trabajos en vano por una nube?» (*Helena*, 706-707).

Por una nube, por un fantasma pelearon aqueos y troyanos, según el sofista Eurípides! Puede ser. Puede ser que Helena no fuese sino una nube, que la cultura helénica no fuese otra cosa, y así será, si la vida es sólo sueño y el hombre no más que sueño de una sombra, que decía Píndaro. Pero esa nube llueve sobre nosotros, pobres sueños de sombras, desde hace siglos y con su rocío nos refresca el espíritu.

Los empedernidos partidarios de la concepción materialista de la historia, los que no quieren ver en esta guerra sino una concurrencia mercantil entre Inglaterra y Alemania y poco más, podrán reírse de los que buscamos la nube que la da sombra y la justifica, pero seguimos creyendo que la historia es más que un proceso económico.

En virtud de una guerra, la franco-prusiana, de 1870, se formó el actual Imperio germánico; la unidad alemana se selló en Versalles y, desde entonces, por una fatal lógica histórica imperial, empezó a fraguarse esta guerra. Digase lo que se quiera, Francia no podía renunciar a su Alsacia y su Lorena porque equivaldría a menguar, no su territorio, sino su personalidad, lo más íntimo de su ser. El desquite, la *revanche*, era algo más que un sentimiento infantil, como se ha dicho. Era una fatal necesidad histórica, y de parte de Alemania otra no menos fatal necesidad histórica, la de engrandecerse para no menguar, la de invadir, la de sojuzgar, la de imponerse. Le iba en ello su existencia histó-

rica o típica, su personalidad de pueblo de presa, carnívoro, de pueblo que tiene que vivir, como personalidad histórica o cultural, a expensas de otros pueblos. Esto aparte de que, como algunos de sus economistas han confesado, la guerra es su principal industria.

Cientos de veces se ha hablado de las desigualdades o desniveles de presión demográfica que, como los desniveles de presión atmosférica las tormentas aéreas, producen aquéllos las guerras. La prolífica familia alemana en un suelo pobre, se ha dicho, tenía al fin que estallar contra la tenue familia francesa en suelo rico. A los alemanes no les bastaba su territorio. Aumentaba y se adensaba la población alemana mientras la francesa menguaba y se enrarecía, y como el aire más denso se precipita al cabo, provocando a las veces tormentas, sobre el más raro, así la población alemana acabaría por precipitarse sobre la francesa.

Pero esta explicación demográfica, materialista también, no es suficiente. No se trata de poblaciones, sino de pueblos. Una población excesiva puede filtrarse en otra enrarecida sin provocar guerra alguna. Francia, como cualquiera otra nación, estaba abierta a todos los alemanes que quisieran ir a ella a establecerse y trabajar y vivir, y de hecho iban en abundancia y se establecían y vivían en ella. En estos últimos años la inmigración alemana ha sido, en todas partes, enorme. Por dondequiera, la colonia alemana ha superado a las demás. Ha llegado a llamarse a los alemanes los chinos de Europa. En los Estados Unidos de la América del Norte, en el Brasil, en el sur de Chile, los alemanes forman espesísimas colonias, y esta necesidad de expansión de raza les ha hecho buscar colonias, buscar mercados, tratar de hacerse potencia marítima, de buscar salida al Mediterráneo, de dominar, en fin, el mundo.

Para qué?, se dirá. Es que no se les admitía a dondequiera que fuesen? Es que no tenían abiertos los demás países? Es que no han podido formar en otras naciones ciudades enteras, como Chicago? Sí, pero los descendientes de los alemanes que hicieron Chicago hablan... inglés, es decir, son ya norteamericanos y no alemanes, y los criollos brasileños





y chilenos de origen alemán, hijos de alemanes, además de hablar y, por lo tanto, de pensar y sentir—la lengua es la sangre del espíritu—en portugués y en español, respectivamente, se da el caso de que suelen ser de los más rícidamente antigermanistas. Se ve, pues, cómo se trata de cultura, de salvar la personalidad histórica colectiva.

El alemán es, precisamente, de los más adaptables, de los que más pronto se asimila al pueblo a que va a vivir y que adopta, de los que pierden antes su primitivo sello étnico. Y aunque como población, como algo material, no corría riesgo de perecer, como personalidad histórica, Alemania, sino se ensanchaba se estrechaba. Y es esto, su personalidad, es su *Kultur*, la que quiere conservar a expensas de otros pueblos. Y estos otros, claro está!, no están dispuestos a ceder en su alma, y hacen bien.

Hay, ante todo, la cuestión de la lengua, supremo símbolo y exponente de la cultura de un pueblo, y por eso Alemania, aunque sus hijos vendan sus productos industriales a los de otras naciones en las respectivas lenguas de éstas, trata de imponer su lengua en Lorena y en Polonia, y por medios violentos. La germanización es, ante todo, la imposición de su lengua. Con ella irá lo demás del espíritu. Habla como yo y acabarás pensando y sintiendo como yo.

Y Alemania no sólo ha tratado de imponer su lengua a sus súbditos todos y, en lo posible, meterla en otras naciones, sino que se ha dedicado celosamente a depurarla, a homogeneizarla, a deslatinizarla. Hasta en la pequeñez ortográfica de substituir las ces por kaes o por zetas. Antes escribían *Cultur*, ahora *Kultur*, porque *Cultur* con ce, sabe a cosa latina. Y hay quien ha renunciado a decir *Psychologie* para decir *Seelelehre*. Había que limpiar el alemán, que defenderlo de la invasión latina. Vano empeño!

Pero esa lengua, ni aun con el apoyo del ejército y de la armada imperiales, podía ni puede luchar con el francés o con el inglés. La lengua misma les es inferior. Es un instrumento pesado, difícil, harto complicado. La sintaxis alemana, enrevesada, embrollada, pesadota, no puede resistir el empuje de otra lengua. Es el alemán un idioma difícil, difícil

para ellos mismos. Un niño que se cria en terreno quebrado y pedregoso tarda más en aprender a andar y con más trabajo que el que se cria en terreno llano y despejado. De dos pueblos en contacto vence la lengua más cómoda, más sencilla, más fácil, no la del pueblo más fuerte. Y el idioma alemán, excelente para ciertos menesteres, sobre todo de alta especulación filosófica, no es, ciertamente, el más adecuado para correr mundo mercando y negociando. La lengua griega, que no deja de tener cierta analogía con la alemana, fué insubstituible para los diálogos de Platón o para las especulaciones teológicas de Orígenes y Atanasio; pero el Imperio romano, aunque Justiniano tuviese su capital en Bizancio, dió leyes al mundo en latín.

Compárese esa lengua alemana, instrumento delicadísimo a la vez que pesado, como un inmenso aparato de relojería, o más bien como un gran cañón demasiado complicado en su mecanismo y de difícil transporte a la vez, con la lengua inglesa, tan suelta, tan ágil, tan libre y a la vez tan católica, tan universal. Porque el idioma inglés, en que entra lo latino tanto o más que lo anglo-sajón o germánico, toma voces de donde las encuentra y se las asimila, es una lengua de presa. Y así se esparce y expande, no excluyendo, como el alemán, sino incluyendo.

Y aquí se ve bien la distinta manera de expandirse de uno y de otro pueblo. El inglés no ha pretendido que sus colonias vivan ni hablen ni piensen a la inglesa, no ha tratado de imponer una homogeneidad violenta. Ha dejado a la virtud y eficacia propias de su civilización el que se imponga ésta por sí, en lo que pueda imponerse. Pero lo típico de la *Kultur* germánica es que no puede imponerse sino a la fuerza.

Después de la victoria del 70 y de la formación del Imperio alemán, la petulancia y la vanidad germánicas, más bien que el orgullo, han crecido de una manera desmesurada. En lo que no cabe toda la culpa a los alemanes mismos. Se vieron admirados y seducidos. En Francia misma, después de su *debâcle*, se formó el sentimiento de que les había





vencido la ciencia alemana, la organización alemana, la disciplina alemana. Y las gentes dieron en ir a Alemania a aprender especialidades, y las Universidades trataron de copiar los métodos alemanes, y todo fué técnica alemana y especialismo a la alemana y monografías a la alemana. Hasta la literatura corría el riesgo de convertirse en lo que se llama *Literatur* en Alemania, es decir, en bibliografía.

Y a todo esto Alemania, pese al desarrollo de su industria, de su técnica, de su riqueza, estaba en una íntima decadencia. Sus pensadores no eran sino epigonos y críticos, sus químicos propendían a drogaderos. Un terrible soplo de materialismo pesaba sobre ella. Bajo el aparente sentimentalismo del debe y el haber— así se llama la muy característica novela de Gustavo Freytag, *Soll und Haben*—lo que late es una pobre y grosera concepción materialista de la vida. Los idealismos de la época romántica del *Sturm und Drang*, de cuando era Alemania un conglomerado de pequeñas naciones más o menos patriarcales, iban desapareciendo entre las burlas de los que se creían más avisados y más prácticos. Y sobre todo no había verdadera vida política.

19 El Imperio alemán de hoy, el que lucha por conservar su personalidad de fiera de presa, por imponer su *Kultur* dogmática y tecnicista, su ordenamiento matador de la libre personalidad humana, ese Imperio de todo tiene menos de democrático. Políticamente el *Reichstag* es una vergüenza. Los cancilleres lo hacían y deshacían a su antojo. Una injusta distribución de distritos electorales, permitiría que el partido que representaba mayor número de votos no fuese mayoría en el *Reichstag*. Se corrompía a los partidos. Los cancilleres jugaban a dos manos. Halagaban, ya a los católicos, ya a los socialistas, según les convenía para su plan. Y su plan era administrar lo mejor posible al pueblo, darle orden y bienestar material e irle azuzando para echarle un día sobre otros pueblos.

19 El orden y la disciplina interior de Alemania han sido algo terrible: el orden y la disciplina interior de la banda de Roque Guinart de que en el *Quijote* se nos habla. Evitar toda forma de guerra civil en vista de la futura guerra de conquista. Más de cua-

renta años ha venido Alemania preparándose para la guerra. Ni podía hacer otra cosa.

Ni podía hacer otra cosa, repito, a menos de renunciar a su ensueño, a su necesidad histórica más bien, de imponer su personalidad para no verla reducida, y ella, Alemania, reducida a ser un criadero de emigrantes para otras tierras, una productora de hombres cuyos hijos hablarían otro idioma y tendrían otra alma. Su *Kultur* sólo por la fuerza de las armas, sólo por la conquista material podrá dominar. No es como la cultura francesa, como la inglesa, como la italiana, que flotan sobre las de los otros pueblos. La *Kultur* germánica es algo excluyente.

Y los demás pueblos al verse ante las amenazas de ese Estado sin pueblo, de esa *Kultur* asentada en cañones, han tenido que defenderse a su vez. Harto tiempo han tolerado las bravatas y amenazas de ese matón de Europa. Alemania se jactaba de mantener la paz, pero era saliéndose siempre, tuviese o no razón, según el derecho internacional generalmente admitido, con la suya. A imponerse por la amenaza llamaba resolver pacíficamente los conflictos.

Y entre tanto, trataba de difundir sus métodos, sus procedimientos, su técnica. Y se inflaba cada vez más de petulancia y de pedantería—la pedantería, este es su pecado!—al verse temida y admirada por el temor. Y cantaba a coro, en coro orfeónico, bien disciplinado, miriofónico, el famoso estribillo: *Deutschland, Deutschland, über alles, über alles in der Welt!* (Alemania, Alemania sobre todo, sobre todo en el mundo!), suprema fórmula de la barbarie. Sobre todo? Por qué sobre todo? No se contentan con vivir libres junto a los demás, reclamando su puesto al sol, ha de ser sobre los demás. Y, es claro!, los demás no han tolerado el tener que ponerse debajo de ellos. Y hoy Alemania se encuentra, no sobre todo, sino contra todos. Y esto no es heroísmo ni puede entusiasmar sino a los jóvenes turcos españoles, beocios hasta las cachas.

Se habla del fracaso de la diplomacia alemana. De esto Hanotaux nos podría mejor que los más de-





cir. Pero yo, permítasele a un profano opinar en esto de diplomacia que pasa por algo misterioso, no creo en ese fracaso. O mejor dicho, esa diplomacia tenía que fracasar. La de Bismarck no fracasó, al menos aparentemente, porque no fué la diplomacia, no fué la habilidad, no fué la transacción lo que venció, sino la amenaza apoyada en la fuerza. Y no hay diplomacia que pueda triunfar cuando se la pone al servicio de la imposición a todo trance, de la violencia, de la intransigencia. No hay diplomacia que no fracase si se la pone al servicio del «sobre todo en el mundo!». Ha sido posible acaso retener a Italia en la Tríplíce no cediendo en lo del Trentino y Trieste? Porque lo otro, lo de ofrecerle al prójimo lo que no es de uno, lo de decirle «te dejaré coger aquello que por hoy no lo necesito yo», esto es demasiado burdo y es diplomacia de matonería. No, el ideal de expansión germánica no podía servirse de diplomacia, no podía servirse sino de las armas. El lema de la *Kultur* tiene que ser: o todo o nada; o conmigo o contra mí. Y conmigo no quiere decir junto a mí, sino debajo de mí.

Y no se olvide, además, que en Alemania, un Estado casi sin pueblo — o con no más que un casi pueblo—imperialista, la guerra la hace sobre todo el ejército, o más bien su Estado Mayor, mientras que en Francia, en Inglaterra y hasta en Rusia, democracias — las tres, aun la aparente autoocrática Rusia —, la guerra la hace sobre todo el pueblo. Como que son pueblos con poco Estado. Ni Francia ni Inglaterra pudieron supeditar, como Alemania lo ha hecho, toda su vida civil a la preparación para la guerra. El libre Parlamento inglés, el Parlamento francés algo anárquico, no lo hubiesen permitido. Inglaterra y aunque no tanto también Francia, son países de opinión pública. Y sus disensiones interiores que los críticos alemanes, faltos de verdadero sentido político democrático, se empeñaban en atribuir a decadencia y desorden, son señales de vida civil, de libertad, de respeto a la personalidad humana.

Al estallar la guerra, Francia, aunque hubiera tenido un ejército dispuesto, no podía tenerlo en la frontera belga, por donde le atacó Alemania. No habrían faltado libres ciudadanos franceses, muy

patriotas, sí, pero ciudadanos de la nación y no súbditos del Estado, que hubieran protestado diciendo que aquel ejército no podía ni debía estar allí y que como los alemanes *no debían* atacar por allí, esperarles allí era ya provocar la ruptura de la neutralidad garantizada de Bélgica. Idealismos!, exclamarán algunos de nuestros beocios francófbos. Pero no lo son. Ni en Inglaterra ni en Francia, países de opinión, se resigna el ciudadano a que la razón de Estado, justa o injusta, sea ley. En los países democráticos hay otra noción de la necesidad moral que la que domina en los Estados imperiales. Precisamente Francia no evitó el año 1870 la guerra con Alemania, porque era un Imperio, el tercer Imperio napoleónico, y su Parlamento de entonces una ficción imperialista como el Reichstag de hoy. El «a Berlín!, a Berlín!» de entonces, era lo correspondiente al «sobre todo en el mundo!»

Pero se quiere más prueba de la diferencia que va de un pueblo democrático, de libre opinión, a un Estado sin pueblo, que el lamentable espectáculo que han dado esos 93 sabios, escritores y artistas de Alemania, firmando un manifiesto que el supremo mando, acaso el Estado Mayor, les ha puesto a que firmasen? Porque, es cosa tristísima el que investigadores educados a no afirmar nada, cada uno en su especialidad, sin pruebas, hayan dogmatizado con un pontifical «no es cierto!...» en cosas que ni conocían ni podían conocer por sí mismos, poniéndose alguna vez en contradicción con lo que luego ha tenido que confesar el mismo canciller del Imperio. Es cosa tristísima que hijos de Alemania, de la patria de Martín Lutero, del que combatió a todo ahinco la fe implícita de la Iglesia Romana, la fe del carbonero, la que dice: «creo lo que cree y enseña nuestra Santa Madre la Iglesia Católica Apostólica Romana», aun sin saber lo que esta Iglesia cree y enseña, hayan hecho confesión de fe implícita en el Estado, declarando: «creo y afirmo lo que cree y afirma el Sacro Imperio Germánico». Y estos son los hijos del libre examen!

Como que la *Kultur* alemana de hoy de todo tiene menos de libre examen. La pedantería militarista y ordenancista la ha apestando de dogmatismo. Puede decirse que hay en Alemania una ciencia ofi-





cial, una filosofía oficial, una verdadera ortodoxia de Estado. Y en ella se ahoga, bajo la técnica, la libre personalidad humana. El famoso *Kathedersozialismus*, el socialismo de cátedra o de Estado, aquella economía de fiera de presa que se prepara a caer sobre otros pueblos y saquearlos, aquella economía política — política!! — para la cual la guerra era la principal industria nacional y la que más había que proteger por lo tanto, no era sino otra cara del *Kathedermilitarismus*, del militarismo de cátedra o de Estado, no popular, de esos catedráticos de la ciencia de la milicia — que no son maestros en el arte de la guerra —, para los cuales la ética desaparece en la guerra, que debe ser brutal, sistemáticamente brutal, lógicamente brutal, con pedantería de brutalidad más que con brutalidad espontánea, y debe servirse de la intimidación a toda costa. Porque el fin de la guerra es vencer, dicen, sea como fuere; el fin de la guerra es imponer el vencedor su voluntad al vencido. Pero, para qué? Qué voluntad? Con qué fin superior? Para la *Kultur* esa finalidad es ella misma.

Claro está que sería tarea poco menos que imposible la de convencer al pueblo alemán, al pueblo que bien que mal vive bajo el Estado, bajo el Imperio, que hay algo más que su *Kultur* y acaso superior a ella, que cada pueblo tiene derecho a vivir a su modo y que ellos mismos acaso ganen desgermanizándose algo. Si, es cosa dura irle a un pueblo a decir: «no, no eres el único, ni aun el primero; hay otros como tú, tan cultos y buenos como tú, acaso más, y tienes mucho que aprender de ellos; tanto, por lo menos, si no más, que ellos de ti».

Una necesidad histórica ha arrastrado al Imperio germánico a poner su *Kultur* frente a las demás culturas, frente a la cultura humana europea. Y el conflicto no puede resolverse sino por la guerra. La *Kultur* germánica no puede fundirse en la universal cultura humana, armonizarse con ella, cediendo en cuanto debe ceder, tomando de las demás culturas más acaso que ella les dé, sino después de una guerra, de un choque de armas. Y acaso todos después de esta guerra nos veamos aliviados del peso horrible del tecnicismo mecanicista del último tercio del siglo XIX, de esa ciencia lamentable al

servicio casi exclusivo de la ingeniería, de esa triste exégesis de notas de bibliotecas, de esa investigación — *Untersuchung* — de criticistas sin alma, y, sobre todo, de ese horrendo método por el método mismo, de la metodología y de todas las atroces *logías* de los manuales y enciclopedias y monografías más o menos pedagógicas, especies de cañones de distintos calibres para disparar ciencia. Porque la *Kultur* es eso: científicismo — *Wissenschaftlichkeit* — más que ciencia y ciencias, más que sabiduría. Como que esta guerra más que con cañones la hacen los alemanes con libros de texto.

El autor de esta HISTORIA, Hanotaux, es un hombre de ciencia, un historiador concienzudo, un sabio, un *savant*, un verdadero *savant*, pero no es un pedante, no es un erudito sin alma, no es un coleccionador de datos, sino un sabio a la vieja tradición francesa, doblado de un artista, de un delicadísimo artista, de un poeta, y un hombre humano, un humanista, un *sage*. Esta obra, pues, aparte de su contenido doctrinal, por su forma, por su manera, por su sentido, será un alegato en favor de la general cultura humana europea y en contra de la bárbara abogacía historicista de la *Kultur*.

Se dice que no hay manera de saber la verdad en esta guerra, pues a la vez que la guerra misma, en las líneas de fuego se sigue otra de noticias contradictorias y que cada Estado Mayor o Ministerio de la Guerra se dedica a desmentir a los de las otras naciones beligerantes. Mas esto no es tan así. El que quiere mirar sin prejuicios puede ver muy bien lo que pasa.

Cada cual, si es hombre algo avisado, sabe discernir la verdad esencial, la de conjunto, y sabe darse cuenta de que la mentira es un arma como otra cualquiera en la guerra, y que se miente más para engañarse uno a sí mismo que para engañar a los demás. Y nadie ignora que para mantener la fe implícita, la fe del carbonero que un pueblo pueda tener en el Estado que le oprime para conservar-le uno y unido, hay que nutrirle la ilusión y fomentarle los prejuicios. Pero, ay de aquel pueblo cuya supuesta fe en sí mismo y en su destino no

rē



pasa de ser desconocimiento de los otros pueblos y, por lo tanto, de sí, pues sólo en el espejo, que es el prójimo, se conoce uno a sí propio! Ay del pueblo que amurallándose, encerrándose en sí dentro de espirituales murallas chinescas, fragua su cultura mirándose al ombligo y cree que su misión es hacer que los otros pueblos piensen y sientan y vivan como él! Muy a su costa aprenderá que en este mundo lo sabemos y lo podemos todo entre todos, obrando cada cual a su modo.

Y en cuanto a nosotros, los españoles, por mucho que nos quejemos del desdén con que ingleses y franceses nos hayan tratado y juzgado—y habría que hablar largo y tendido de ello—tenemos que confesar que los alemanes no nos han tratado ni juzgado, en general y salvo excepciones de algunos doctos investigadores, muy pedantes por lo común, ni con desdén ni sin él. Sencillamente, nos ignoran. Para el pueblo alemán el pueblo español no existe, sino a lo sumo como unos salvajes domesticados y de sangre caliente que viven tocando la guitarra y tomando el sol entre naranjos y limoneros. Y aun es mejor esta leyenda que la de los que nos toman a modo de ranas o conejillos de Indias de filología e investigaciones críticas. Y si fuesen vecinos nuestros, como lo son los franceses, habría que oír aquí! Dios nos libre, pues, de esa vecindad.

Actualmente, la germanofilia española, más exacerbada en aquellos que menos saben de Alemania—ni del resto de Europa— apenas sirve sino de

pretexto para la expansión de las peores pasiones nacionales, de los más bajos instintos de nuestra atormentada casta, del peso y légamo de los tristes resabios históricos que hicieron nuestra decadencia, de un culto inhumano a la violencia autoritaria, de un odio a la libre y herética personalidad humana. En su más alto y menos impuro sentimiento parecen esos, nuestros improvisados germanófilos de la derecha, recordar los versos de Hernando de Acuña, el poeta de Carlos V, nuestro primer monarca de la casa de Austria:

Una grey y un pastor solo en el suelo,
un monarca, un Imperio y una espada.

Es la obsesión de la unidad, sea lo que quiera lo que una; del orden, aunque ordene la muerte espiritual; de la disciplina, aunque discipline la más triste impersonalidad; del dogmatismo, sea el que fuere el dogma; de la ortodoxia, cualquiera que sea. Es, en fin, la mecanización y metodización de la vida: lo formal ahogando a lo fundamental. Es, en resolución, la muerte espiritual de la libre personalidad humana; la sociedad civil convertida en hormiguero o colmena. Y más en el fondo veo una lucha de la imaginación para no dejarse anular por la razón racionante, de la poesía para no dejarse aniquilar por la ciencia. Es la batalla contra la *Aufklaerung* absorbente y excluyente.

Estamos, creo, en un momento crítico de la vida de la cultura. Y la *Kultur* tiene que someterse a ella y dentro de ella regenerarse.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, enero de 1915.



1.5.22